



NAC-USA
DEVELOPMENT
INSTITUTE

Señor de
señores y
Rey de
reyes

Rey,
Profeta,
Sacerdote

Alfa y
Omega

El Verbo
de Dios

GUIÓN DE MITAD DE SEMANA

2019

Mayo

Sesión 1 – Señor de señores y Rey de reyes

Bienvenidos a la primera sesión de grupo pequeño de mayo. El tema de nuestras sesiones de grupo pequeño de este mes es: *los nombres de Jesús*. Estos nombres, que fueron inspirados por el Espíritu Santo a través de la redacción de la Escritura, nos revelan quién es Jesús, lo que ha hecho y lo que hará. Para comenzar nuestro estudio, debemos entender el significado de los nombres en los tiempos bíblicos. Quizás más que en los tiempos modernos, el nombre de una persona decía mucho sobre el individuo; el nombre identificaba algo sobre las circunstancias o el carácter de la persona. Por ejemplo, el nombre de Moisés significa «sacar», el cual le fue dado después de que lo sacaron del río Nilo. Cuando aplicamos este entendimiento a los diversos nombres atribuidos a Jesús en la Escritura, podemos descubrir cómo cada nombre revela algo sobre Su naturaleza, Su obra en la Tierra por nosotros, y Su relación con Dios el Padre y Dios el Espíritu Santo. Para nuestra primera sesión, veamos a Jesús, quien es exaltado como Señor de señores y Rey de reyes.

Abramos nuestras Biblias en Apocalipsis donde podemos leer juntos en el capítulo 19: «En Su vestidura y en Su muslo tiene escrito este nombre: **Rey de reyes y Señor de señores**» (Apocalipsis 19:16). Este versículo describe a Jesús cumpliendo Sus promesas de retornar por Su novia. En Apocalipsis, capítulo 17, leemos: «Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque Él es **Señor de señores y Rey de reyes**; y los que están con Él son llamados y elegidos y fieles» (Apocalipsis 17:14). Aquí, Él está regresando con Su novia para establecer el reino de paz como una continuación del plan de salvación de Dios. Ambos versículos mencionan a Jesús apareciendo del cielo en algún momento en el futuro, con poder y gloria como el Rey triunfante.

Para apreciar completamente la importancia de las imágenes descritas por Juan, considera cómo era vivir en los tiempos de Jesús. Las personas vivían en tiempos del Imperio romano y sufrían bajo el régimen del emperador. El pueblo judío era consciente de que habían sido una nación gobernada por reyes, por lo que anhelaban que Dios cumpliera Su promesa de enviar a un rey que los liberaría del dominio romano. Cuando Juan describe a Jesús como Señor de señores y Rey de reyes, está diciendo que Jesús es superior a todos los reyes terrenales, ejerciendo Su reinado soberano con poder divino sobre la creación (Colosenses 1:15-18), y es Señor tanto de los muertos como de los vivos (Romanos 14:9).

El Apocalipsis de Juan describe acontecimientos que están orientados al futuro. Sin embargo, en virtud del sufrimiento, muerte y resurrección de Jesús, el título de Señor de Señores y Rey de reyes aplica a Jesús hoy en día. Podemos leer en Filipenses sobre el alcance del sacrificio de Jesús para expiar a los pecadores. Su obediencia perfecta es la razón por la que «Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Filipenses 2:9-11). Antes de Su ascensión, Jesús les confirmó a Sus discípulos: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra» (Mateo 28:18). ¡El impacto de esta verdad divina tiene implicaciones de gran alcance para el individuo, el mundo y la iglesia!

Para alguien que profesa ser cristiano, Jesús es Señor de señores y Rey de reyes en su vida hoy. Entonces, ¿qué significa eso realmente? Primero, Jesús gobierna Su iglesia, es decir, todos los que creen en Jesucristo son bautizados en el nombre del trino Dios, y profesan la vida, muerte, resurrección y retorno de Cristo. La evidencia de la dedicación a servir a Jesús se expresa en la manera en que vivimos y alineamos nuestras vidas con el Evangelio y las enseñanzas de Jesús. Considera tu corazón como un trono en el que Jesús está sentado como el Rey. Esta es una hermosa imagen de nuestra voluntaria sumisión al verdadero Rey y Señor. A diferencia de muchos gobernantes terrenales en el transcurso de la historia que se infectaron de codicia y poder, y estaban motivados por el ego, Jesús, el Rey, gobierna con amor y humildad. Él no vino para ser servido, sino para ser el Servidor de todos. Él nos dice: «Haz lo que te he mostrado». Él comparte Sus riquezas con nosotros para que podamos entonces compartir estas riquezas con nuestro prójimo. ¡Qué gozo servir a un Rey así!

Jesús dijo al inicio de Su ministerio terrenal que el reino de Dios está «entre vosotros» (Lucas 17:21). Jesús trajo el reino de Dios a la tierra y extendió la invitación a todos a convertirse en ciudadanos de Su reino a través de la fe en Él. Esta invitación continúa hoy tanto en la tierra como en el más allá, y se ofrecerá hasta el Juicio Final. Jesús, nuestro Señor de señores y Rey de reyes, promete comunión eterna a quienes aceptan Su

invitación. En la nueva creación, el reino de Dios será una realidad perfecta donde Dios será todo en todos, y, ¡Sus súbditos le ofrecerán adoración en alabanza y agradecimiento por siempre!

Los verdaderos discípulos de Cristo son quienes obedecen Su palabra y son servidores humildes. Si profesamos a Jesús como nuestro Señor, significa que tenemos la misma meta que Jesús, que es compartir Su Evangelio con nuestro prójimo para su salvación. Significa que mantenemos nuestra promesa de renunciar a Satanás y entregar nuestra vida al Hijo de Dios, pues Él es quien ha destruido las obras del diablo y obtuvo la victoria sobre la muerte. Nos preparamos para el retorno del Señor en toda Su gloria desde nuestro profundo amor por el Rey de reyes y nuestro deseo de estar con Él lo antes posible.

Sesión 2 – Rey, Profeta, Sacerdote

¡Bienvenidos a nuestra segunda sesión de grupo pequeño de mayo! Este mes, estamos explorando los diversos nombres de Jesús registrados en la Escritura.

Quizás has oído hablar del triple ministerio de Cristo. Jesucristo funge como Rey, Sacerdote y Profeta. Cuando pensamos en un rey, lo asociamos con gobierno y reinado. Conversamos sobre esto en nuestra primera sesión del mes: Jesús no era sólo un rey, sino el Rey de reyes. En tiempos del Antiguo Testamento, la función de un sacerdote era mediar la reconciliación entre la humanidad y Dios. Y un profeta anuncia la voluntad divina y predice acontecimientos futuros. Jesucristo desempeñó todas estas funciones y ministerios de manera perfecta. Para esta sesión, nos enfocaremos en Jesucristo como sacerdote, y particularmente en el título en la Escritura, el «Sumo Sacerdote». Veamos la historia y el contexto bíblico.

La primera vez que encontramos la palabra «sacerdote» en la Biblia es en Génesis 14. Abraham fue a batalla para rescatar a su sobrino Lot, que había sido capturado por un ejército enemigo. A su regreso, Abraham fue recibido por Melquisedec, quien era rey de Salem y apartado como sacerdote del Dios Altísimo (Génesis 14:18). Melquisedec, cuyo nombre significa «Rey de justicia», bendijo a Abraham y al Dios Altísimo, quien le dio a Abraham la victoria en la batalla. Melquisedec es mencionado nuevamente en el Salmo 110 y en Hebreos 7, y se le suele considerar como una prefiguración de la obra de Jesucristo como sacerdote.

Continuando en la historia bíblica, Levítico 9 explica que Aarón y sus hijos fueron escogidos por Dios para comenzar el ministerio sacerdotal. Cuando la ley fue dada en el Monte Sinaí, los levitas fueron identificados como los siervos del tabernáculo, con la familia de Aarón convertidos en sacerdotes. A esto se le conoce más tarde como el sacerdocio aarónico. Los sacerdotes eran los responsables de interceder ante Dios en nombre del pueblo al ofrecer los diversos sacrificios de sangre que la ley exigía. Sin embargo, una vez al año, el sumo sacerdote entraba en el Lugar Santísimo en el Día de la Expiación. Hebreos 9:7 (RVA-2015) resume esta ley y ritual del Antiguo Testamento: «en la segunda [parte del tabernáculo], una vez al año entraba el sumo sacerdote solo, no sin sangre, la cual ofrecía por sí mismo y por los pecados que el pueblo cometía [...]». El sumo sacerdote tenía la responsabilidad especial de interceder por los pecados del pueblo.

En el libro de Hebreos, se menciona a Jesús como el Sumo Sacerdote en diversas ocasiones. Una de las menciones más conocidas se encuentra en Hebreos 4:15: «Porque no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado».

Cuando Jesús es llamado nuestro Sumo Sacerdote, es con referencia a estos dos sacerdocios anteriores. Al igual que Melquisedec, Él es ordenado como sacerdote, apartado por Dios. Al igual que los sacerdotes en Levítico, Jesús ofreció un sacrificio para satisfacer la Ley de Dios cuando se ofreció a Sí mismo por nuestros pecados, como se describe en Hebreos 7:26-27: «Porque tal Sumo Sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos; que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por Sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a Sí mismo».

A diferencia de los sacerdotes levíticos, que tenían que ofrecer sacrificios continuamente, Jesús solo tuvo que ofrecer Su sacrificio una vez, ya que Él *fue* el sacrificio. Su una vez traído y eternamente valedero sacrificio es la expiación por todos los pecados de la humanidad de todos los tiempos. El sacerdocio de Jesús no tiene inicio ni final. Es para todas las personas, por toda la eternidad.

Hebreos 8:1-2 continúa explicando: «Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal Sumo Sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, Ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre». Jesús no es sólo *un* sumo sacerdote, Él es *el* gran Sumo Sacerdote. En el nuevo pacto, Su intercesión no es indirecta —a través de palabras o sacrificios continuos— como la de los sacerdotes del Antiguo Testamento. Más bien, Su intercesión es posicional porque Él *se sentó a la diestra del trono*. Como el Apóstol Juan escribe en 1 Juan 2:1: «Estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo». ¡Somos ricos en Cristo porque Él es nuestro Abogado!

El triple ministerio de Jesucristo es increíblemente perfecto y completo. Él es Rey porque gobierna sobre todo, es Sacerdote porque intercede en nuestro nombre, y es Profeta porque predijo todo lo que iba a suceder. El eternamente valedero sacrificio de Jesús como Sumo Sacerdote nos permite experimentar continuamente la liberación de la esclavitud al pecado, para que podamos vivir verdaderamente en Él.

Sesión 3 – Alfa y Omega

Esta semana continuaremos nuestra conversación del mes sobre los nombres de Jesús al sumergirnos en el significado de la declaración de Jesús: «Yo soy el Alfa y la Omega».

Encontramos esta frase en el último libro de la Biblia, Apocalipsis, pero hay una frase similar encontrada mucho antes en el libro de Isaías. El profeta registra tres ocasiones en las que Dios le dice a Su pueblo que Él es el Primero y el Último. Aquí está lo que el profeta escribió en Isaías 44:6 (LBLA): «Así dice el Señor, el Rey de Israel, y Su Redentor, el Señor de los ejércitos: “Yo soy el Primero y Yo soy el Último, y fuera de Mí no hay Dios». Dios le decía a Su pueblo que Él es completamente soberano sobre el tiempo, lo cual significa que Él siempre ha tenido y tendrá autoridad. Este mensaje tenía como propósito reforzar la confianza del pueblo en Dios durante las circunstancias turbulentas que soportarían. Esas mismas palabras se repiten en Apocalipsis 1:17-18 (RVA-2015): «Cuando le vi, caí como muerto a Sus pies. Y puso sobre mí Su mano derecha y me dijo: “No temas. Yo soy el Primero y el Último, el que vive. Estuve muerto, y he aquí que vivo por los siglos de los siglos. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades». Aquí, Jesús se conecta a Sí mismo con la profecía de Isaías para dar tranquilidad a Juan mientras se prepara para compartir Su visión. Esto nos ayuda a ver que Jesús es el hilo que une toda la Escritura.

El Apóstol Juan escribe que Jesús se identifica a Sí mismo como «el Alfa y la Omega» al principio y al final de Apocalipsis. Eso es apropiado, considerando que Alfa y Omega son la primera y la última letra del alfabeto griego. Pero su significado es mucho más profundo. Dios en Cristo comprende todo, todo lo que va entre el Alfa y la Omega, así como también es el Primero y el Último.

En Apocalipsis 1:8, leemos: «Yo soy el Alfa y la Omega, Principio y Fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso». Este nombre define de manera concisa quién es Dios y qué ha hecho. Al identificarse a Sí mismo de esta manera, Jesús declara que Él es Dios, lo cual se confirma a lo largo de los Evangelios y el resto del Nuevo Testamento. Apocalipsis nunca duda sobre el hecho de que Dios y Su Hijo son Uno. Juntos, crearon todas las cosas y las llevarán a su conclusión. Él siempre ha existido y siempre lo hará. Jesús es el comienzo de toda la historia, y toda la historia apunta a Su victoria sobre todas las cosas. Él estuvo presente en la creación del mundo y estará presente en el fin del mundo, y después reinará por toda la eternidad en el nuevo cielo y la nueva tierra.

Él siempre ha sido, es, y por siempre será.

La eternidad de Cristo es evidente en la conclusión de la visión cuando le muestra a Juan el nuevo cielo y la nueva tierra, y luego dice: «Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin. Al que tuviere sed, Yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida. El que venciere heredará todas las cosas, y Yo seré su Dios, y él será Mi hijo» (Apocalipsis 21:6-7). Él es quien traerá a la existencia la nueva creación, y Él es quien ofrece vida eterna a aquellos que reciben la dádiva de la gracia y que tienen sed de esta comunión.

En el último capítulo de la Biblia, encontramos el uso final de este nombre: «“He aquí vengo pronto, y mi recompensa conmigo, para pagar a cada uno según sean sus obras. Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin”. Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida y para que entren en la ciudad por las puertas» (Apocalipsis 22:12-14 RVA-2015). Jesús promete que regresará y, como recompensa para los fieles, los llevará a Su reino eterno. El nombre «Alfa y Omega», junto con los diversos nombres de Jesús, lleva a los creyentes a hacer una pausa y maravillarse ante Su majestad. Aquel que siempre fue, es y siempre será está en control y llevará el plan de salvación a su cumplimiento. Jesús, como el principio y el fin, el primero y el último, es la compleción, la plenitud y la perfección de todas las cosas.

Conocer a Jesús con este nombre refuerza la verdad en los corazones de los creyentes de que Jesús siempre está con ellos. Debe ser un gran consuelo para quienes están en medio del sufrimiento o en una temporada de dificultades porque saben que Él está en control. Puede ser de gran inspiración e impulsar el deseo en cada discípulo para compartir a su increíble Salvador con el mundo. Finalmente, este conocimiento sirve para consolidar la confianza en sus corazones y así permanecer fieles a Él hasta que todo haya sido completado.

Sesión 4 – El Verbo de Dios

¡Bienvenidos nuevamente! Este mes hemos profundizado nuestro conocimiento sobre Jesucristo a través de los nombres con los que es llamado en la Escritura. En la última sesión, nos enfocaremos en el nombre encontrado en el Evangelio de Juan: «el Verbo» o en otras traducciones de la Biblia «la Palabra».

En el prólogo de su Evangelio, Juan presenta a Jesucristo como el Verbo, o la Palabra, preexistente de Dios: «En el principio era el Verbo ^[a] y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios [...] Todas las cosas fueron hechas por medio de Él [...] En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres» (Juan 1:1-4 LBLA).

El término griego que significa «palabra» es *logos*. Este término fue a menudo utilizado por filósofos griegos de la antigüedad, como Platón, no sólo al referirse a la palabra hablada, sino también a la palabra no dicha: la lógica y la razón fundamental. Aplicado al universo, el término *logos* era una referencia al principio o fuerza racional que ordenaba y regulaba al cosmos.

Por otra parte, los judíos también estaban familiarizados con el término. La expresión «palabra de Dios» se repite en el Antiguo Testamento, mostrando a Dios en acción, particularmente en Su creación (Salmos 33:6), revelación (Génesis 15:1) y liberación (Salmos 107:20).

Por lo tanto, Juan comenzó su Evangelio con un término con el que estaban familiarizados tanto los judíos como los griegos. Sin embargo, Juan declara que el *Logos* no es sólo un poder divino e impersonal, sino Dios mismo, a través de Jesucristo.

En el principio era el Verbo y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Esta afirmación doctrinal declara Su presencia eterna como Dios verdadero, y establece Su relación con el Padre y el Espíritu, como podemos leer en 1 Juan capítulo 5: «Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno» (1 Juan 5:7).

A través del Verbo, todas las cosas visibles e invisibles fueron creadas. Este poder sobre la creación no sólo hace alusión al creador como el Hijo de Dios, sino también a Su naturaleza como Juez y Rey justo. Jesucristo es el verdadero *Logos* que gobierna todas las cosas (ver Apocalipsis 19:11,13-16).

[a] O: *la Palabra*, y así en el resto del capítulo.

Es también a través del Verbo que el Padre es revelado. El Evangelio dice en Juan 1:18: «A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer». Jesucristo, siendo una Persona de la Trinidad, da a conocer Su sentir y voluntad a través de Su obediencia interminable al Padre, como Él explicó en el capítulo 12 de Juan: «Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, Él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar» (Juan 12:49). Es a través de Jesús que podemos conocer más sobre el Padre y Su voluntad para nosotros. Él nos llama con amor a una vida santa para que podamos estar más cerca de Él. En Jesús, hemos obtenido el modelo perfecto para transformar nuestra vieja naturaleza en una santa: «En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por Él» (1 Juan 4:9).

Finalmente, a través del Verbo, o la Palabra, también se nos ofrece la dádiva de la gracia. El Hijo de Dios, el *Logos*, se hizo carne para redimirnos de la muerte y el pecado a través de Su sacrificio, mostrando la verdad eterna de las promesas de Dios para todos, como lo testifica el discípulo en Juan 1:14: «Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos Su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad».

Nosotros también, como lo alienta Juan, queremos anunciar «al Verbo de vida [...] la vida eterna, la cual estaba con el Padre y se nos manifestó [...] para que nuestro gozo sea completo» (1 Juan 1:1-4 LBLA).